

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		Pesetas
Mes.....	1	
Trimestre.....	3 50	
Semestre.....	6	
Año.....	10	
PROVINCIAS		
Tres meses.....	8	
Semestre.....	15,50	
Año.....	10	
Extranjero y Uti. amar.....	8 pesos	
CORRESPONSALES		
35 números de EL MOTÍN.....	2,50	
NÚMERO DE EL MOTÍN		
15 céntimos.		

El Motín

ADMINISTRACIÓN

Fuenarrabal, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

ARMA A LA FUNERALA

He hecho cuanto he podido para que el partido republicano se curara del vicio de la idolatría; para que impulsara a los jefes a las empresas que les marcaban las necesidades y los deseos del pueblo, y les imponía su deber de republicanos y españoles; he procurado despertar los sentimientos nobles y elevados que impulsan y deciden; me he atrevido a decir en público y con claridad lo que la mayoría se dice al oído; y, con franqueza lo declaro, no he conseguido nada de lo que me propuse.

Así, pues, rendido a la evidencia, accedo por fin a las repetidas indicaciones de una persona para mí tan querida como respetada, y suspendo mi campaña.

¿Por qué ocultarlo? Estoy solo, completamente solo, y aunque contando conmigo cuento con alguien, no llega mi orgullo hasta hacerme creer que puedo variar el curso de las cosas; si alguna vez lo hubiera creído, el tiempo me habría desengañado. No, los partidos reconocen la verdad a veces, se la dicen a sí propios, mas no quieren oírlos.

El político, y más en los partidos populares, tiene que ser sectario: debe creer y confesar todo lo que cree y confiesa el jefe, o darse de baja. Libre examen, discusión, luz, sí; pero contra los adversarios. No hemos llegado aún a proclamar como dogma el de la infalibilidad del partido y del que está a su frente, pero en la práctica así resulta. Cada fracción es una iglesia cerrada.

Quedo, por lo tanto, convicto y confeso de indisciplinado y de perturbador, y ¿seré necio todavía? lo tengo a mucha honra. Hace muchos años escribí un artículo elogiando a todos los perturbadores, a todos los indisciplinados, a todos los excomulgados, ¿quien había de decirme que me elogiaba a priori?

¡Oh jóvenes que comenzáis la carrera política afiliados a los partidos populares, creyendo que en ellos todo es discutible, la idea y el credo, las personas y los actos! Reformad vuestra candorosa opinión, y si queréis llegar a un puesto en que podáis servir de algo a la democracia, renunciad a la fatal manía de pensar, encomendando esa labor al cerebro de los jefes; y si no podéis sustraeros en absoluto a esa manía, guardaos bien de dar a luz vuestro pensamiento, porque en el punto y hora que lo hagáis, si es que difiere en algo del de aquellos, estáis perdidos; todas las malas pasiones que fermentan en las entrañas de los que se creen con derecho a juzgarlos, todas las torpes acciones de que son capaces, os serán imputadas con la saña de los que no encuentran otro medio de creerse honrados a sus propios ojos, que contribuir a que no lo parezcan los que realmente lo son.

¿Queréis un ejemplo, entre mil, de que no ponemos en armonía nuestras obras con nuestras palabras? Allí va. Solicitamos a los militares para que falten a la disciplina, calificando el acto de justo y santo, pero ¡guay del que entre nosotros pretenda quebrantarla! Si las leyes lo consintieran, lo someteríamos a tormentos más crueles que los que la Inquisición imponía a los herejes. ¡Atreverse a rebelarse contra los jefes! ¡Anatema sobre el miserable! Ni Dante inventó en su Infierno un suplicio bastante a hacer purgar esa falta. El republicano tiene libertad para combatir al rey, al papa, a Dios, pero ¿a un jefe? Ni pensar. Son todos sagrados e inviolables por ministerio de la adulación, el egoísmo o la imbecilidad.

Yo, sin embargo, no suspendo mis ataques por

nada de esto, sino porque me he convencido de que es inútil. A los cinco años de combatir sin interrupción, todo continúa lo mismo en el campo republicano, si es que no está peor. Los jefes unidos en apariencia, lo que es más perjudicial que si se manifestaran francamente divorciados; y el pueblo incapaz para la acción, por no haber nadie que se la demande. A nadie extrañará, pues, que al cabo de tanto tiempo, y convencido de que mis esfuerzos son ineficaces, pacte conmigo mismo una tregua en esto de dar claramente a la estampa mi pensamiento por lo que toca a este asunto; que calle, antes que transigir con la mentira o corear al entusiasmo inconsciente o al cálculo interesado.

Me eródo varias veces que el pueblo republicano iba a tener un arranque para acabar con los jefes de derecho divino, inamovibles e irresponsables; mas ¡ay! que en cuanto pronunciaban un discurso, o hacían una declaración o lo levantaban de cascos para llevarle a las elecciones, o hacían correr en secreto (?) la voz de que se trabajaba en otro sentido, el pueblo lo olvidaba todo, y volvía a ver por los ojos de los jefes y a oír por sus oídos.

Tienen los masones, según dicen, porque nunca lo fui, una fórmula para expresar que no toman parte activa en los trabajos de la orden: *que duermen*. Lo mismo haré yo: *dormiré* hasta que me parezca bien despertar, procurando en todo caso no continuar imitando a *Don Quijote* en lo de creer que el partido republicano está necesitado de que yo vuelva a la vida andante. Dejaré que los Haldados azoten libremente a los Andreses para que luego estos no me vengan con quejas; no daré libertad a los galeotes, para que después me apedreen; que allá se las hayan las doncellas menesterosas y las reinas cautivas, antes que yo me vea molido y descoyuntado por gigantes y malandrines.

¿Me comprometo a callar en absoluto? Ni por pienso. Me reservo el derecho de censura y de elogio para cuando me plazca ejercerlo; lo que me guardará será de hacerlo sin descanso como hasta aquí, contra los que, parodiando a Mr. Guizot. que no quería colegas, sino cómplices, no buscan correccionarios, sino súbditos.

Mas no quiero despedirme de los que me han seguido y animado en esta campaña, sin exponerles, en justo y eterno agradecimiento, cuáles son mis temores y cuáles mis esperanzas en estos instantes.

Y después de exponerles esto, dejaré para el número próximo, penúltimo o antepenúltimo de la serie, el reopilar algo de lo que he dicho, para afirmarme y ratificarme en todo, y convencer al más incrédulo de que suspendo la campaña, no por dudar de que la razón me asiste, sino por estar convencido de que es completamente ineficaz, mientras el pueblo no se penetra de lo que es, de lo que vale y de lo que puede en las democracias.

JOSÉ NAKENS.

TEMORES Y ESPERANZAS

Oigo hablar, de algun tiempo a esta parte, de una República que respete los *derechos adquiridos* y los *intereses creados*; y aunque me encanto y me estampo ante esa idea pastoril, no adivino cómo va a poder realizarse.

Si el estado del país fuera próspero, y viniese la República, claro es que podría ir realizando despacio, en veinte, o en treinta, o en cincuenta años las reformas que constituyen nuestro credo, sin desconocer ningún derecho ni atacar ningún interés; to-

dos quedarían contentos, o por lo menos, poco disgustados.

Pero es el caso que llegaremos cuando el país esté en ruinas, con la bancarrota en puerta (si es que no está ya dentro aquel día,) sin contar con nadie más que con nosotros mismos, rodeados de enemigos, y por lo tanto, necesitando obrar con energía, no ya sólo para defendernos, sino para responder sencillamente a las esperanzas que en nosotros habrá depositado la nación, y por estas razones será preciso ahogar los naturales impulsos de bondad y benevolencia para acudir con mano fuerte al remedio de tantos males.

Podrá tardar más o menos en implantarse la República, pero es seguro que se implantará; el país necesita cambiar de postura, y el cambio que menos trabajo le cuesta hoy es ese. Pero también pudiera acontecer que viniese antes de lo que creemos, y para este caso sería necesario tener acordado algo de lo que conviene hacer.

En los primeros tres días se decide la suerte de la República: si los dejamos pasar sin hacer la revolución en la *Gaceta*, estamos perdidos.

Esos señores de la unión que se citan para discutir nonadas o para resolver si han de salir a charlar por esos mundos, deberían reunirse diariamente, sí, pero para redactar los principales decretos.

No es tan fácil la tarea como a primera vista parece: son tantas y tan complejas las cuestiones que hay que tocar, que es poco todo el tiempo que a su estudio se dedique de antemano.

En el periodo de propaganda, y cuando imperaba la reacción, ninguno, yo el primero, nos cuidábamos más que de atacar, y para atacar todas las armas son buenas; mas hoy, que podemos estar cerca del logro de nuestras aspiraciones, hay que recogerse y pensar.

Y yo he pensado, en primer lugar, que hay que renunciar por el pronto a implantar las autonomías en la extensión que pretende el Sr. Pi, y las regiones en absoluto, porque esto daría ocasión a grandes trastornos en los momentos en que toda la unidad de acción y toda la suma de energías serán pocas para defendernos de nuestros enemigos.

Lo que ha ocurrido con las reformas intentadas por los monárquicos, debería servirnos de lección. Si porque han pretendido trasladar la residencia de algunas capitanías generales, las poblaciones perjudicadas se han declarado en rebeldía ¿qué no harían cuando, además de esas capitanías, pretendiéramos suprimir las capitales de provincia y fijar las de cada región?

República y Revolución no son sinónimos, ni mucho menos. Se puede ser republicano sin ser revolucionario, y viceversa: por eso la palabra República no expresa suficientemente, por sí sola, una solución al conflicto por que España atraviesa.

Si viniese la República como Salmerón y Zorrilla desean, y guardase todos los respetos que dicen, e intentase hermanar la democracia con la tradición, vendríamos, nos agitaríamos, perturbaríamos, nos sublevaríamos, empeoraría todo, y los monárquicos se burlarían de nosotros, y nos destrozarían, y por último nos barrerían, y encima nos ocuparían.

Por este camino estábamos perdidos sin falencia; por el otro, que ofrece también graves inconvenientes, tendríamos más probabilidades de salvarnos, y la seguridad completa de conseguirlo si contásemos con hombres de energía, dispuestos a sacrificarlo todo por la patria. No es, pues, dudosa la elección. Para mí, por lo menos, no lo es.

EL MOTIN



MADRID.--La abadesa de las Trinitarias se suicida.



CORDOBA.—Lo mismo hace un fraile.



CORDOBA.—Un fraile amante de la niñez.



MADRID.—Un cura idem, idem.

HECHOS RECIENTES DE MONJAS, FRAILES Y CURAS.

Porque no hay que engañarnos. El día que ven-gamos, la conmoción será terrible; todo lo que tenemos el deber de destruir se alzarán á impulsos del temor; se nos cerrarán todos los caminos, y tendremos que pedir á nuestra entereza lo que nadie nos dará.

El papel bajará la mitad por lo menos; el capital se esconderá; no se recaudará un céntimo por consumos, y muy poco por otros conceptos; no podremos acudir á un empréstito, entre otras razones, porque no habría quien lo cubriese, dado que los monárquicos tienen casi todo el dinero; y como las reformas económicas que se hicieran no producirían efecto inmediatamente, la cuestión financiera no se resolvería por ensalmo.

A la semana, los carlistas comenzarían á echarse al campo, y aumentarían los apuros; y aun suponiendo en todos los republicanos una abnegación y un patriotismo á la altura de las circunstancias, no habría medio de salir económicamente adelante, y todo el cambio habría consistido en suprimir la lista civil, cambiar la cabeza en la *Gaceta*, el membrete en los oficios, los lemas de gas en los ministerios y sustituir los nombres en las nóminas.

Esta sería la República metódica, ordenada, con que algunos sueñan; República que, como ha dicho muy bien el Sr. Pí, (porque en algo había de tener razón, y yo nunca se la niego sistemáticamente al que la tiene), agravaría los males de la monarquía; República que sólo serviría para despertar ambiciones y apetitos, y que excitaría á cada paso á un soldado de fortuna para acabar con ella; República que sería la vergüenza de los que la hemos amado y defendido siempre, y nos obligaría á retirarnos á la vida privada si antes no nos ponían un grillete al pie sus mangoneadores; República que, por alardear de conservadora, conservaría intactos los vicios é inmoralesidades de la monarquía.

Si, si la República que venga no resuelve la cuestión económica, morirá por lo mismo que la monarquía muere: por falta de recursos.

Por esto, si se quiere verdaderamente una República que pueda intentar la salvación de la patria, con grandes probabilidades de conseguirlo, hay que traerla revolucionariamente; y conste que al decir revolucionariamente, no lo digo en el sentido de que crea necesario cortar pocas ni muchas cabezas; esto se deja ya para los que no saben distinguir de tiempos, y no conocen lo que reelaman los presentes.

¿Qué quiero expresar al decir que la República debe venir revolucionariamente? Que para nada tenga en cuenta los derechos adquiridos por el individuo si se oponen á la vida de la nación; que se atienda en todo á lo justo, no á lo legal.

Será triste, será doloroso tener que apelar á medios extremos, sobre todo para cubrir faltas que otros han cometido, pero no habiendo otro remedio, habrá que resignarse. ¿Cuál no sería nuestro contento si pudiéramos venir, y pagar todo lo que se debe, y que cada español echase una gallina en el puchero! Mas ¡ay! no sirve en estos casos la buena voluntad, como ya lo reconoció Ayala en *El tanto por ciento*:

El hombre más caballero,
cuando no tiene dinero,
no lo tiene... Y no lo paga.

¿Qué esto traería perturbaciones sin cuento? Mal año para la República sino las trajera, porque esto probaría que la nación había llegado á un extremo de inerte pasividad, que la hacía indigna de que se la salvase. Pero estas perturbaciones tendrían varias ventajas, entre ellas la de imponer á los enemigos, que si vieran debilidad desde el primer momento, harían con nosotros lo que las ranas con el armatoste de la fábula; y la de calmar la natural efervescencia de los revoltosos de oficio, poniéndonos en condiciones de reventarlos con razón, si á pesar de tales medidas perturbasen el orden.

¿Que así nadie nos prestará un ochavo? ¡Ay! Lo sé; pero aparte de que tampoco nos lo prestarían no haciendo nada, como no debemos pedirlo, este punto nos debe tener sin cuidado. El dinero hay que buscarlo en todas aquellas partes donde el privilegio impere, ó la inmoralesidad subsista.

Lo mejor sería, lo repito, respetar todos los derechos, bien ó mal adquiridos, pagarlo todo, no perjudicar á nadie, vivir en paz con todo el mundo; que cada español se arrodillase al levantarse para dar gracias al cielo por el privilegio que le había concedido sobre el resto de los mortales, de nacer en esta bendita España y vivir bajo el régimen dulce y fraternal de una República que había hermanado el orden con la libertad, la vaca con el salmón, el bienestar con el trabajo; pero como esto, ó mucho me engaño, ó no ha de ser posible en veinte ó treinta mil siglos, hay que tomar las cosas como son,

mirar la catástrofe cara á cara y afrontarla con valentía.

Resumiendo: ¿Podemos resolver las cuestiones de ochavos? Pues adelante. ¿No podemos, y vamos á vernos al otro día como palominos atontados, sin saber qué hacer ni adonde acudir? Pues á suplicar á los señores monárquicos que se dignen traer y asegurar la República de *derechos adquiridos é intereses creados*, parodia servil de la monarquía. Si se tratara únicamente de dar al país derechos políticos, como otras veces, no habría que pensar en nada, seguros como estamos de poderse los dar; mas ¡ay! que se trata de dinero, y ésta no acude al reclamo de discursos ni de frases pomposas: sólo va donde sabe que no se meterán con él y lo dejarán crecer y multiplicarse, como al hombre de la Biblia mandó Jehová, precepto que con tanto gusto cumplimos sus descendientes, pese á los *Papas de familia* que tampoco se descuidan, por lo visto, para tener perfecto derecho á ese dictado.

ES TRISTE, PERO CIERTO

Todos sabemos, monárquicos y republicanos, que en los comienzos de su destierro, el Sr. Zorrilla contó con muchos generales procedentes de la revolución, y que poco á poco lo fueron abandonando por causas que no es pertinente relatar ahora, pero que no hablan muy alto en favor del tacto, la previsión y las condiciones del conspirador.

Hace muchos años que no cuenta con ninguno, y se explica perfectamente. El general que compromete su posición, su libertad ó su vida, tiene derecho á que se le honre antes, se le eleve si triunfa y se le ayude si es vencido; porque si todo eso debe comprometerse por patriotismo exclusivamente, sírvase decirnos el señor Zorrilla por qué lo ha puesto él á salvo tras la frontera.

También tuvo jefes y oficiales en gran número. ¿Cuántos le quedan? No deben ser muchos cuando nada intenta, y hago este argumento, porque cuando ha contado con un Vega, un Prieto, un Cebrián, un Casero ó un Mangado, á la lid los ha impelido. Nada hace ahora, luego hay que suponer que nada tiene.

Las causas por las cuáles está sin militares, son muchas y de índole diversa: indicaré de pasada algunas.

La primera indudablemente arranca de la torpeza cometida por el Sr. Zorrilla al ofrecer dos empleos á todo el que se sublevase en favor de la República. Suponer que el ejército español, que tantos sacrificios ha hecho por el progreso en este siglo, sólo puede moverse á impulso de su personal interés, es herirle en su dignidad, y esta herida es de las que pocas veces se cicatrizan.

Idea desgraciada fué aquella y de resultados negativos: además. Si la aceptaban pocos, los demás, aun teniendo ideas republicanas, se negarían en el momento decisivo á sublevarse por no contribuir al encumbramiento de sus inferiores; y si la aceptaban muchos, ¿dónde estaba la ventaja para ninguno, como no fuera en cobrar los sueldos de un empleo superior? ¿Pero era posible que la nación cargase con ese enorme gasto? Aparte de esto ¿qué perturbación en las escalas! ¿cuánta postergación en los mandos! ¿qué desquiciamiento! Para ir á la disolución del ejército, ningún medio mejor.

Otra de las razones para que el ejército se haya apartado del Sr. Zorrilla, ha sido la de que, por las experiencias hechas, sabe hoy que inicia los movimientos sin haberlos organizado convenientemente, dejando sin garantía alguna á los comprometidos. ¿Qué jefe, ni qué oficial, por republicano que sea, echa sobre sus hombros la responsabilidad de la iniciativa, si no tiene confianza en el director del movimiento, y más si ve que se mantiene á centenares de leguas del peligro?

No ha dejado de influir también en el apartamiento del ejército, el saber cómo lo han pasado los jefes y oficiales en la emigración, y el verlos hoy por aquí teniendo que aceptar plaza de vigilantes de consumos ó de mozos de hospital para no morirse de hambre, cuando sólo en banquetes ha gastado y gasta el partido progresista más dinero del que se necesita para que ellos viviesen con decencia. Nunca se admirará bastante la abnegación de todos esos hombres ni la manera digna con que soportan el desden y la miseria.

Además, han llegado á ellos, como á todos, las pequeneces ofensivas que han surgido siempre que se han atravesado unos ochavos. Por los Casinos donde se juega, y por los Casinos donde no se juega, lo mismo que por las mesas de los cafés, han rodado nombres de militares dignísimos... Pero no hablemos de esto; está juzgado con decir que hay asuntos en que sólo deberían intervenir el interesado, un

jefe de partido prudente y un intermediario mudo, no ya por respeto personal, sino por deber ineludible. El militar, desde el momento que se compromete á sublevarse, ya se ha jugado la cabeza ó renunciado á su carrera, y en ningún caso debe su nombre salir de boca de los que lo comprometieron ni aun por justificar el paradero de unas pesetas, que algunas veces toman rumbo distinto del que es les señala.

Estas y otras causas y concausas han contribuido á que el partido progresista, que con tantos militares contaba, no pueda intentar hoy nada con la ayuda de ese importante y necesario elemento; y no porque el ejército carezca de hombres de nuestras ideas, sino porque no tienen confianza en el Sr. Zorrilla, efecto de los desengaños que han sufrido en los tiempos que se han entendido con él para traer la República.

«Dadme una palanca y moveré el mundo», decía el sabio. El Sr. Zorrilla ha tenido la palanca para derribar la monarquía, y nada ha hecho. Dudo mucho que ningún otro republicano, contando con todo lo que él ha contado, en el ejército de fuerza, en el pueblo de entusiasmo y en la nación de simpatías, se viera hoy más aislado, tuviera menos autoridad, infundiese menos esperanzas...

Urge, por lo tanto, que los jefes rompan ó reformen pronto esa coalición mentira, y pacten una coalición verdad, para que los que quieran ayudarnos, de cualquiera clase ó condición que sean, puedan entenderse con la representación genuina del partido republicano, no con un jefe de fracción, pues ya hemos visto los deplorables efectos que ha traído para la causa el esperar lo todo de un hombre, lleno de los mejores deseos, sin duda alguna, pero sin medios ó sin condiciones para lograr el resultado apetecido.

Creo que debe pensarse en esto, que es muy importante.

PALABRAS Y OBRAS

Dice el Sr. Pí que la unión actual es ficticia, que con ella no se hace más que engañar á los pueblos, y que sirve cuando más para obtener en las elecciones más ó menos señalados triunfos.

Enteramente de acuerdo; eso he dicho siempre.

Pero, Sr. Pí; cuando se profesa esa opinión, la más vulgar noción de honradez política aconseja no ser cómplice de la mixtificación, de la farsa.

Si cree usted que la unión es todo eso, como lo es efectivamente, está usted engañando á los pueblos á sabiendas; carece usted de valor para imponer ó decir la verdad; es usted más culpable que los que creen que la unión es buena, útil y conveniente; y la responsabilidad de los males que esa unión pueda traer, le alcanza á usted más que á ellos.

Aceptar la unión sin creer en su eficacia, fué una debilidad; combatirla después de aceptada, una deslealtad; no romperla hoy, una cobardía.

BIBLIOGRAFÍA

Acabamos de recibir las entregas 3.^a y 4.^a del *Diccionario de electricidad y magnetismo* y sus aplicaciones á las ciencias, las artes y la industria, por Julián Lefevre, catedrático de la Escuela de Ciencias de Nantes, con la colaboración de ingenieros y electricistas y con una introducción del profesor Beouty; traducido y adicionado por A. de San Román, ingeniero del Cuerpo de Minas; ilustrado con 1.125 figuras intercaladas en el texto.

Esta magnífica obra se publica por entregas de 16 páginas á dos columnas, en buen papel y esmerada impresión. Precio de 40 céntimos cada entrega.

Se halla de venta en la Librería editorial de Bailly-Balliere é Hijos, Plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías de provincias y Ultramar.

El distinguido escritor D. Ralegio Lois ha publicado, con el título de *Abrojos*, una colección de versos castellanos que igualan, sino superan, á los muchos y buenísimos que ha publicado en gallego. Véndese este libro á cincuenta céntimos, y sus productos ingresarán como donativo en la caja de la Asociación protectora del Obrero de Pontevedra.

OBRAS NUEVAS

Héva, por Mery, una peseta.

El lirio en el valle, novela por Balzac. 200 páginas, 1,50 pesetas.

Las mujeres todavía, (segunda parte de *Las mujeres*), por Alfonso Karr, una peseta.

Amoury, por Alejandro Dumas (padre), 1,50 pesetas.

Los suscriptores á *El Motín* recibirán estas obras con el cuarenta por ciento de rebaja.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.